

zados sistemas de legislación social; contamos con un completo Código del Trabajo, que tiene su origen en el proyecto del Presidente Alessandri, aprobado parcialmente en 1924, y codificado en 1931; contamos con una legislación protectora del trabajo de los empleados. Chile es el país de América que tiene una legislación de previsión social que beneficia a la totalidad de su población asalariada. para los obreros manuales, por la Ley de Seguro Obligatorio, de enfermedad, invalidez, vejez y muerte; para los empleados públicos y particulares por otras leyes, para la gente de mar, para los carabineros, empleados municipales, etc.

Ningún país de América, repetimos, presenta un panorama tan propio y característico de «realización sociológica», de que hablara el eminente profesor Crawford en sus conferencias de la Universidad de Chile en 1941.

Que hay mucho que hacer y no poco que reformar, es indiscutible.

Y basta por ahora este panorama de nuestro mundo sociológico chileno. Mucho podríamos decir de las omisiones que el señor Poviña, respecto de otros países de América, pero no queremos anticiparnos a las ratificaciones que sus escritores tienen el derecho de hacer.—MOISÉS POBLETE TRONCOSO.



<https://doi.org/10.29393/At204-16BOGP10016>

BOULDROUD, por *Teófilo Cid*

Apunta, sin duda, Bouldroud un nuevo cardinal en nuestra prosa. No nos habíamos encontrado antes con historias del mismo filo peligroso. Porque el cuento de Teófilo Cid deja de ser el cuento que nos adormece junto al fogón, para tornarse en algo más vigorosamente humano. Pretende penetrar en los seres para arrancar raíces reservadas en lo íntimo y obtiene una gavilla de dolorosas heridas desvendadas. Por eso, tal vez, es un libro que cae bajo la comprensión de los que han pasado el

momento crujidor de la madurez espiritual. Y el autor mismo, como si temiera que no fuera entendida su nueva orientación, dice en uno de sus cuentos: «Hay que hundirse en la bestialidad para comprender, por medio de ese proceso contradictorio, el significado de lo espiritual».

Bouldroud es una información valerosa, sincera del hombre. con sus luces difusas ardiendo en sus perdidos rincones, con sus rutas cargadas de aguas turbias, y sus tribulaciones, y sus hambres. Un libro cuya pulpa, escrita con los puños apretados, destila veneno, esencias y veneno. Pero, en todo caso, veneno no barato. Libro en el que casi se puede contemplar el precipitarse obscuro y tormentoso de la vida que palpita, profunda y avasalladora, más allá de la epidermis. «Toda la hoguera de poderes ocultos—por decirlo con las mismas palabras del cuento—que constituye la savia central de un cuerpo de mujer». «Toda la sombra virgen, la sombra fértil que solivianta su cuerpo».

Desnúdase impúdicamente el «Yo» que acostumbramos pasear vestido de ganancioso carnaval. «Es el mundo humano comunicado al ancho y tenebroso mundo mudo de la especie, del reino animal, del reino vegetal, del reino mineral, del reino estelar».

Teófilo Cid, ha querido escribir la verdadera historia del hombre, sin timideces, sin amapoladas timideces hipócritas. Ha hecho—con una frase que he leído por ahí—«una transcripción sangrante de grises interiores». Hurga en la angustia y la podredumbre. En esas obscuridades que, por tanto tiempo, se han callado y de cuyo vasallaje no nos podemos independizar. Que no podemos negar, porque están demasiado cercanas y no, precisamente, en el tiempo. Pero este hurgar es peligroso. Se cae tan fácilmente en lo bajo, en lo que repugna. Cid lo ha hecho con acierto. No obstante, al leer Bouldroud (el cuento de este nombre) un hormigueo amargo nos recorre, desazonándonos.

Sus personajes incorpóreos se desenvuelven bien en el único impulso que le dan los latidos de un corazón fosforescente.

Mas Teófilo Cid no puede privarse, aun cuando se arrepienta —pluralizando—ocupan toda la calle y se llevan el decoro, la dignidad de los varoniles», un lenguaje peregrino y delicado.

Mirar es el comienzo, la caída primera. Así, cuando un personaje de Bouldroud mira, se da cuenta que ella «anunciaba un paraíso en sus ojos». Y otro se pregunta, maravillado: «¿Podría dudar de las miradas de un ángel? ¿Acaso hay un mortal que dude de la claridad de un sol y del dulce resplandor de las estrellas?». Porque «el encanto sereno que fluía de su inocencia me hacía adscribirla a un mundo más alto». A la que, no obstante, querrá «destrozar espiritualmente», ejerciendo sobre ella una «especie de bestial fascinación».

Y todo en un estilo agudo, sonámbulo, iluminado por los matices de un arco iris difuso que atara cielo y tierra en un mismo cristal: «En ese instante se hundió el broquel de mi orgullo y toda la amargura de años, depositada como un verdor de musgos sobre las potencias de mi alma, estalló en sollozos. Soledad interior para la soledad externa de un mundo girante, de ópalo. Sí, de ópalo, porque allí toda imagen de sujección a un color se pierde y hay olas de inquietud, de matices sobre el riente tornasol de la concha de perla, y esas olas son las mismas que repliegan en la escoria del desierto las luces de un sol de espectro, carnal y vengativo».

Y al poner término a la lectura de Bouldroud, anotamos: Libro demoníaco y corrosivo.—GONZÁLEZ Y PACHECO.



MOTIVOS DEL PUERTO Y OTROS POEMAS por *Alejandro Reyes*.—
Editorial Nascimento

En el ruido del mundo actual que siente su fatiga y su sangre, estos poemas tienen una resonancia de huerto en reposo, y aunque aparezcan en su horizonte mástiles que se mue-